



Cyril Dion

Pequeñas ideas
para cambiar
el mundo

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

Cyril Dion

Resiste. Pequeñas ideas
para cambiar el mundo

Traducción del francés por

Inés Clavero y Pablo Martín Sánchez

Título original: *Petit manuel de résistance contemporaine*

© Actes Sud, 2018

© por la traducción, Inés Clavero y Pablo Martín Sánchez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-322-3532-0

Depósito legal: B. 11.715-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1. ES PEOR DE LO QUE PENSÁIS

Por muy consciente que sea de que la lectura de este capítulo no resultará demasiado agradable, por mucho que limitarse a anunciar las catástrofes no sea nunca plato de buen gusto, debemos establecer nuestra reflexión sobre bases sólidas. ¿De qué situación ecológica estamos hablando exactamente? ¿Qué riesgos corremos de cara a los próximos decenios? En realidad, estamos frente a una enorme paradoja. Una paradoja que por supuesto no es ajena a nuestras dificultades para reaccionar. Porque si muchos indicadores ecológicos están en rojo, para una parte de la humanidad otros muchos están radicalmente en verde. Así, en función del prisma bajo el que contemplemos el mundo, de cómo interpretemos la información recopilada, podemos tener una percepción radicalmente distinta.

Si vivimos en Europa, en Norteamérica, en Japón, en Australia, en Sudáfrica, en un número cada vez

mayor de ciudades asiáticas, sudamericanas o africanas, y formamos parte de la minoría más rica del planeta, hoy en día tendremos acceso a un confort nunca jamás alcanzado desde que el ser humano se alzó sobre sus pies. Gracias al control de la energía, podemos modelar los paisajes, recorrer el globo en unas pocas horas, establecernos en tierras glaciales o azotadas por el calor, y reproducir microclimas, fabricar en masa objetos, ropa, alimentos, trasplantar brazos, injertar cabellos, lanzar sondas para descubrir nuestras arterias o el sistema solar, comunicarnos mediante un solo clic con alguien que esté en la otra punta del planeta, verlo a través de un pedazo de metal y vidrio más pequeño que un paquete de mantequilla, conectar los cerebros, los pensamientos y los escritos de miles de millones de almas hasta ahora dispersas, construir robots, máquinas capaces de suplirnos en las tareas más desagradables, reproducir artificialmente la inteligencia mediante superpotentes ordenadores cuya capacidad de cálculo supera todo lo que podríamos haber soñado hace apenas un siglo.

¿Cómo no dejarse deslumbrar por semejante poder? Hemos llegado hasta aquí tras siglos de luchas encarnizadas por arrancarle a la tierra nuestros medios de subsistencia; protegiendo nuestros cuerpos débiles, desvalidos, desprovistos de garras, de pelo, de músculos vigorosos, de los peligros que los amenazan; congelando, cocinando, naufr-

gando en mitad del océano..., aterrorizados por la noche, por los rayos, por los fenómenos inexplicables. Hemos llegado hasta aquí tras muchos siglos inventando dioses y maldiciones, construyendo relatos que puedan explicar por qué morimos. Por qué vivimos.

Hoy por fin podemos disfrutar. Y no queremos desaparecer.

Como le gusta recordar al filósofo Michel Serres, conocemos desde hace unos sesenta y cinco años una paz relativa¹ y sin precedentes en la Europa occidental.¹ Por ofrecer una perspectiva histórica, hemos pasado de cien homicidios al año por cada cien mil habitantes en la Inglaterra del siglo XIV a 0,7 en la actualidad.² Una tendencia que se constata en todo el mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de la guerra de Vietnam, del genocidio ruandés, del conflicto sirio, nunca, desde hace seis siglos, el número de fallecimientos provocados por las guerras o los homicidios ha sido tan bajo.³

En sólo un siglo hemos aumentado en varios decenios nuestra esperanza de vida, erradicado enfermedades que habían provocado millones de víctimas mortales. Nuestra especie se ha multipli-

I. Con la excepción de la guerra de Bosnia, que provocó cerca de cien mil muertos.

cado. Por fin a salvo, capaz de controlar la natalidad, de mantener con vida a sus bebés, de cuidar de sus ancianos, de curar a sus enfermos, en apenas un siglo ha doblado, ha triplicado el número de individuos, invadiendo cada rincón del planeta, desplazando las fronteras de la naturaleza salvaje.

Los profetas de lo digital y del transhumanismo nos prometen que mañana seremos capaces de duplicar nuestras capacidades cognitivas insertando chips y discos duros en nuestro cerebro, de reparar nuestros órganos, de impedir que nuestros cuerpos se deterioren, que nuestros corazones se paren. Entonces habremos superado lo que nos hacía humanos, habremos igualado a los dioses.

Visto así, algunos podrían regocijarse con el presente. Pero, frente a esta retahíla de progreso, otra enumeración podría aterrorizarnos. Y es que estos increíbles avances no benefician del mismo modo a todos los seres humanos. En el mundo, cada seis segundos un niño muere de hambre, y cada siete, uno por no disponer de atención sanitaria. Uno de cada nueve humanos no está suficientemente alimentado, uno de cada diez bebe un agua tan sucia que no la usaríamos ni para lavar el coche.⁴ En Cuba hay 672 médicos por cada cien mil habitantes, mientras que en Etiopía sólo hay tres...⁵ En el plano ecológico, hemos asistido a la desaparición de la mitad de los vertebrados del planeta en estos

últimos cuarenta años, del 80 % de los insectos voladores de Europa en tres decenios, pronto habrá más plástico que peces en los océanos, se talan 2.400 árboles por minuto,⁶ aumentan las sequías, las inundaciones, los tornados, los territorios sumergidos, hay millones de refugiados que se lanzan a la carretera en busca de un lugar donde sobrevivir, el agua escasea cada vez más, la superficie del planeta se erosiona...

Conocemos de sobra todas estas cifras. Si el tema nos interesa, las vemos desfilar en artículos de prensa, las escuchamos por boca de ecologistas que las repiten machaconamente. Pero nuestro cerebro no reacciona ante los números, ante los conceptos, necesita imágenes, ejemplos, situaciones reales que describan lo que se esconde detrás de sintagmas como *calentamiento global*. Muy bien, la temperatura aumenta. Pero ¿qué quiere decir eso en la práctica?

En julio de 2017, el periodista norteamericano David Wallace-Wells se tomó la molestia de inventariar, en un artículo que a las pocas semanas ya se había convertido en el más leído de la historia del *New York Magazine*,⁷ las plagas que los científicos más aguerridos nos prometen para los próximos decenios si no detenemos el calentamiento planetario. Y lo hace empezando con una advertencia escalofriante: «Os aseguro que es peor de lo que

pensáis. Si la angustia que os produce el cambio climático se fundamenta en la idea de la subida del nivel del mar, no habéis hecho más que rozar la superficie de los terrores que un adolescente de hoy conocerá a lo largo de su existencia». Igual que los veintidós científicos que publicaron en 2012 el célebre estudio internacional «Approaching a State Shift in Earth’ Biosphere»,¹¹ igual que Pablo Servigne y Raphaël Stevens, que basaron las conclusiones de su obra *Comment tout peut s’effondrer*⁸ en decenas de publicaciones de revistas de prestigio como *Science* o *Nature*, igual que numerosos alertadores y alertadoras a lo largo y ancho del planeta, David Wallace-Wells se basa en innumerables investigaciones, en «decenas de entrevistas y conversaciones con climatólogos e investigadores, cientos de artículos científicos sobre el cambio climático» para describir el colapso y las catástrofes que la humanidad podría conocer en los próximos decenios.

Si tomo tantas precauciones para introducir lo que pretendo resumir es porque puede parecer increíble, casi diría que imposible, de tan alejado como está, aparentemente, de nuestra realidad más inmediata, de esa que vemos a través de la ventana.

E pur si muove.

II. Estudio que supuso el punto de partida de nuestro viaje en la película *Mañana*, que escribí y correalicé con Mélanie Laurent.

Para empezar, el calentamiento va más rápido de lo que auguran en sus previsiones más alarmistas el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, en sus siglas en inglés) u otros organismos oficiales. «Dos veces más rápido de lo que los científicos pensaban en 1998.»⁹ El incremento se sitúa ya en 1,2 °C. La trayectoria actual nos lleva en realidad hacia los 4 °C y, potencialmente, podría alcanzar los 8 °C. Si bien el acuerdo de París aspira a mantener el calentamiento por debajo del tope de los 2 °C en 2100, las hipótesis internas que barajan las petroleras Shell y BP prevén un incremento medio de la temperatura en la Tierra de 5 °C en 2050.¹⁰ Y, por desgracia, la lógica contable y cínica de las multinacionales me parece menos proclive a la ceguera que la de los gobiernos.

Las manifestaciones del calentamiento ya son visibles, como ese iceberg de un tamaño equivalente a 55 veces París que se desgajó del Ártico en el verano de 2017, o esas temperaturas 20 °C por encima de la media en enero de 2017 en el Antártico, o ese récord absoluto de calor jamás registrado en el planeta en 2016,^{III} o ese otro récord de

III. Las temperaturas del año 2016 han sido hasta la fecha

cuarenta episodios de carácter huracanado en agosto y septiembre de 2017.¹¹

Pero lo que nos espera se antoja bastante más espantoso.

Una de las mayores inquietudes atañe al deshielo del permafrost, la capa de suelo permanentemente helada que cubre el 20 % de la superficie del planeta, desde Siberia hasta el Ártico, pasando por Escandinavia... Sólo en el Ártico habría 1,8 billones de toneladas de carbono atrapadas, más del doble de lo que hay actualmente en la atmósfera. Si el permafrost se descongelara, el carbono se liberaría parcialmente en forma de metano, cuyo poder de calentamiento es infinitamente superior al del CO₂. Y en Siberia, setenta mil millones de toneladas de carbono duermen bajo el duro suelo, y el deshielo ya ha comenzado. A todo esto habría que añadir las emisiones que seguimos liberando a la atmósfera de manera cada vez más acusada.

El calentamiento actual podría así acelerar el calentamiento futuro y provocar un desbocamiento incontrolable. Más allá de los 5 °C no sabemos muy bien lo que puede ocurrir. Una de las últimas extinciones en masa, hace 252 millones de años,

las más altas del planeta desde que empezaron a registrarse en 1880: <abonnes.lemonde.fr/climat/article/2017/03/21/climat-2016-bat-un-record-de-chaueur-la-planete-entre-enterritoire-inconnu_5097869_1652612.html>.

«empezó cuando el carbono recalentó la Tierra 5 °C, se aceleró cuando el calentamiento provocó que el metano del Ártico se liberara y terminó con el 97 % de la vida en la Tierra erradicada», escribe Wallace-Wells. Ahora bien, nosotros liberamos carbono a la atmósfera diez veces más rápido que en aquella época. De ahí a extraer conclusiones apocalípticas no hay más que un paso, que la mayoría de los científicos no se atreven a dar por evidentes razones de impredecibilidad del futuro, de complejidad de los fenómenos que intervienen, de ética y de responsabilidad, lo cual no significa que dichos elementos no den una particular perspectiva al futuro que nos espera.

Sin duda, la pregunta que uno se hace inmediatamente es: ¿por qué? ¿Por qué un incremento de entre 5 y 8 °C podría comportar la desaparición de una parte importante de la vida en la Tierra?

En primer lugar, por culpa del calor.

Como les ocurre a todos los mamíferos, nuestro organismo debe permanecer a una temperatura constante para mantener su equilibrio. En nuestro caso, a 37 °C. Cuando la temperatura exterior supera la temperatura interior, poseemos mecanismos como la transpiración que permiten enfriar

nuestro cuerpo produciendo humedad. Pero hasta cierto punto...

4 °C de incremento provocarían veranos tan tórridos como la canícula de 2003 que ocasionó la muerte de setenta mil personas en Europa.

6 °C someterían a los habitantes de Nueva York a un calor comparable al que tienen hoy en Baréin.

7 °C harían inhabitables amplias zonas del planeta, empezando por toda la franja ecuatorial.

«Con 11-12 °C de incremento, más de la mitad de la población, tal como está hoy en día repartida, moriría directamente de calor», prosigue Wallace-Wells, basándose en las investigaciones de Sherwood y Huber.¹²

Segunda causa de desaparición potencial: los alimentos.

Está comúnmente admitido que, por cada grado que aumente la temperatura, los rendimientos agrícolas descenderán un 10 %. Puesto que la población mundial aumenta como nunca lo ha hecho a lo largo de la historia (se ha triplicado, directamente, desde la Segunda Guerra Mundial), en teoría podríamos tener que alimentar, antes de que termine el siglo, a un 50 % más de personas con un 50 % menos de rendimientos...^{IV} ¿Por qué? Porque

IV. La previsión media de la ONU es que alcanzaremos los once mil millones de habitantes en el año 2100.

las sequías alcanzarán (de hecho, alcanzan ya) a nuevos territorios en el sur de Europa y de Estados Unidos, algunas de las zonas más densamente pobladas de Australia, de África y de América del Sur, determinadas regiones de China... Porque habrá escasez de agua. Porque la generalización de monocultivos enriquecidos con fertilizantes sintéticos deja los campos exhaustos y reduce drásticamente la biodiversidad necesaria para la productividad de las tierras, porque la deforestación unida a las inundaciones aumenta la erosión. Nos quedaremos sin buenas tierras. Y las que tenemos no podremos estimularlas indefinidamente con productos petroquímicos si no queremos seguir acelerando el calentamiento. En cuanto a las tierras de Groenlandia o de Siberia que algunos miran ávidamente con el rabillo del ojo, no alcanzarán su pico de fertilidad hasta pasadas varias decenas de años de cultivo.

Como nos recuerdan Jared Diamond en *Colapso*¹³ o el agrónomo y ecologista mundialmente famoso Lester Brown en *El mundo al borde del abismo*¹⁴ (apréciese la creatividad en los títulos de los libros que pretenden anunciar la fractura que se avecina), la desaparición de las civilizaciones casi siempre va ligada a una fractura en la cadena alimenticia.

Y hacia ella vamos de cabeza.

Luego vienen las enfermedades. Abrochaos los cinturones.

Como nos recuerda Wallace-Wells, algunos virus se hallan atrapados en los hielos árticos desde hace millones de años, más tiempo que la propia existencia del ser humano. Así que no sabemos cuál puede ser nuestra reacción. Virus más recientes, como los de la gripe española o la peste bubónica, se encuentran presumiblemente en Siberia o en Alaska. Pero lo que más preocupa a los epidemiólogos es la expansión geográfica, la mutación o la propagación de ciertas enfermedades por culpa de la alteración del clima. Sin duda alguna, la malaria o el dengue migrarían a zonas templadas, como Europa occidental. Y, lo que es peor, por cada grado de incremento de la temperatura, el parásito portador de enfermedades como la malaria se reproduce diez veces más deprisa.

Hablemos ahora del aire que respiramos.

En París, como en muchas otras grandes ciudades, debido a las repetidas advertencias sobre la polución del aire hemos tomado dolorosamente conciencia de que las emisiones de los coches, de las fábricas, de los viejos aparatos de calefacción, unidas a las partículas finas del gasóleo, al nitrógeno de los fertilizantes agrícolas y demás alegrías químicas, constituyen una nube que irrita los bronquios, produce sinusitis, ensucia los pulmo-

nes, contamina nuestro organismo y lo debilita hasta el punto de provocar su muerte. Hoy supone la tercera causa de mortalidad en Francia: 48.000 personas fallecen anualmente de manera prematura como consecuencia de la polución del aire. Diez veces más que el número de víctimas provocadas por accidentes de tráfico y casi el mismo que las que se le achacan al consumo de tabaco. En China y en la India, el número de personas que fallecen anualmente asfixiadas por la nube de carbón, los gases de escape y otros contaminantes alcanza los 1,1 millones de personas.¹⁵ En 2013, el año del famoso *airpocalypse* chino, «el esmog fue el causante de una tercera parte de las muertes en todo el país», nos recuerda de nuevo Wallace-Wells. En el mundo, 7,3 millones de personas mueren cada año por culpa del aire que respiran.¹⁶

Pero esto no es todo. Cuanto más aumente la concentración de gas carbónico o de ozono en el aire (unido a otros factores medioambientales),¹⁷ más disminuirán nuestras capacidades cognitivas o más probabilidades habrá de que se dispare el número de niños autistas...

Todo esto sin contar que la concentración de oxígeno podría disminuir al mismo tiempo: el 20 % del oxígeno mundial proviene actualmente de la selva amazónica, bastante afectada ya por la deforestación, pero que podría sufrir una suerte aún más radical si el aumento de las temperaturas la secase de tal modo que se convirtiera en pasto

de los incendios que han asolado en los últimos años numerosos bosques mediterráneos o californianos. Además, al consumirse, liberaría a la atmósfera cantidades ingentes de carbono. Igual de preocupante es la muerte de los corales marinos, víctimas de la acidificación de los océanos y de las agresiones de la pesca industrial, que nos lleva a temer por la desaparición de buena parte de la vida marina y del 40 % de oxígeno que prodiga al planeta.

Desgraciadamente, es previsible que la suma de estas tensiones exacerbe las guerras, como han señalado los científicos del IPCC.¹⁸ Según Marshall Burke y Solomon Hsiang, profesores en las universidades de Stanford y de Berkeley, por cada medio grado de incremento de la temperatura mundial, el riesgo de enfrentamientos armados aumentará entre un 10 y un 20 %.¹⁹ El cambio climático no es el único culpable, pero unido a otros factores puede ser devastador, como ocurrió en Siria.^V Y es que las guerras, las sequías, las inunda-

V. Cuatro años antes del inicio de la guerra civil, dos millones de personas, en su mayoría de origen rural, se vieron obligadas a emigrar a las ciudades, sumidas en una pobreza extrema, afectadas por la peor sequía que el país haya conocido nunca. Amontonadas en pequeñas viviendas insalubres, esperaron una ayuda del gobierno que nunca

ciones provocan a su vez migraciones en masa. Se estima ya en 65 millones las personas desplazadas por los cambios climáticos. Y esta cifra va a seguir aumentando. Hace ya diez años, el Alto Comisionado para los Refugiados y la ONU pronosticaron la cifra de 250 millones para el año 2050.²⁰ Imaginémonos las olas migratorias que hemos conocido, como la provocada por la guerra en Siria, multiplicadas por tres, cinco, diez. ¿Cómo reaccionarían Francia, España, Italia, Alemania, Grecia? ¿No propiciaría el advenimiento de partidos xenófobos, auspiciados por el rechazo a tanto extranjero desembarcando en masa en nuestras regiones privilegiadas?

Por otra parte, si los recursos naturales disminuyen, no sería de extrañar que los Estados emprendieran una lucha despiadada por controlarlos: agua, petróleo, tierras cultivables, minerales... China ya está comprando millones de hectáreas en África, en Australia, en América del Norte o en Asia para dedicarlas a la agricultura.²¹ De momento, la población de los respectivos países no se ha rebelado, pero ¿ocurrirá lo mismo cuando esté en juego su supervivencia? China posee también los

llegó. El sufrimiento de los habitantes provocó un sentimiento de indignación. Sumada a décadas de inestabilidad política y de tensiones religiosas, a años de dictadura y al contexto de revoluciones en los países árabes, la sequía contribuyó al drama que todos conocemos.

principales yacimientos de tierras raras indispensables para llevar a cabo la revolución digital y la transición energética. ¿Qué harán los países como Estados Unidos y sus empresas de Silicon Valley cuando empiecen a escasear estos recursos y sea su gran rival quien los venda a precio de oro?

Todos estos datos, sumados, dejan sin aliento. Más aún, si cabe, por el hecho de estar interconectados y abundar en dictámenes contradictorios. Para crear más riqueza, más empleo, para reducir las desigualdades, para fomentar el crecimiento necesitamos energía en grandes cantidades. Actualmente, la principal fuente de abastecimiento es el petróleo. Ahora bien, para detener el calentamiento tenemos que dejar de utilizar petróleo. Pero, si lo hiciéramos, provocaríamos un colapso económico...

Veamos algunos ejemplos.

Cada viaje de ida y vuelta entre Londres y Nueva York le cuesta al Ártico 3 m² de banquisa. La media, a nivel mundial, ronda los cien mil vuelos diarios (37 millones de vuelos anuales). Fijémonos hasta qué punto esta situación es insostenible; habría que detener urgentemente estos viajes incessantes. Y lo mismo cabe decir de una cantidad incalculable de actividades. Pero ¿qué ocurriría si lo hiciéramos? El centro de las megalópolis apenas dispone de unos días de autonomía alimenticia si

el baile de camiones no llega para abastecerlas. En Francia circulan diariamente trece mil camiones, por término medio.²² El 99 % de nuestras necesidades cotidianas se transporta por carretera.²³ Una parte inmensa de nuestros objetos (incluidos los instrumentos relacionados con nuestra actividad productiva, como ordenadores, módems, servidores, etcétera), de nuestros productos alimenticios (vía fertilizantes, tractores, maquinaria de toda índole), de nuestros medios de producción de energía para calentarnos y desplazarnos dependen directamente del petróleo. Lo esencial de nuestra economía globalizada está siempre y absolutamente conectado al gotero del oro negro. En 2009, numerosos analistas, entre ellos Jeremy Rifkin,²⁴ señalaban directamente al aumento del precio del barril, que se disparó hasta los 150 dólares, como el principal responsable de la crisis económica mundial. Imaginémoslo lo que podría llegar a ocurrir si tuviéramos que imponer brutales gravámenes para limitar su consumo, o si lisa y llanamente tuviéramos que dejar a partir de ahora la mayor parte en el subsuelo del planeta (que es lo que recomiendan todos los activistas y científicos que luchan contra el cambio climático). No estamos en absoluto preparados para ello.

Pero tampoco lo estamos para asumir lo que nos costarán las catástrofes si no hacemos nada. En 2006, sir Nicholas Stern valoraba en 5,5 billo-

nes de euros el coste de la inacción.^{VI} Buen ejemplo de estas cantidades ingentes lo tenemos en los costes ocasionados por los huracanes Irma y Harvey, las inundaciones en la India o los incendios en Portugal y California.

Podríamos añadir a esta lista un buen número de amenazas aterradoras. La que constituye, por ejemplo, la desaparición en masa de especies por los ataques indiscriminados de la agricultura industrial, de la deforestación (que a menudo es la consecuencia), de la urbanización y del cambio climático. O el agotamiento de los recursos naturales por culpa de la producción desenfrenada de bienes. O la contaminación química y plástica generalizada, que pone en peligro nuestra salud y la de los ecosistemas marinos. O la guerra y los accidentes nucleares...

VI. «Si no actuamos, los costes y los riesgos globales del cambio climático serán equivalentes a perder al menos el 5 % del PIB mundial cada año, ahora y para siempre. Si se toma en cuenta un abanico más amplio de riesgos y de consecuencias, la estimación de los daños podría aumentar hasta el 20 % del PIB, o incluso más. Por el contrario, los costes de la acción —reducir las emisiones de gases de efecto invernadero para evitar las peores consecuencias del cambio climático— podrían limitarse a alrededor de un 1 % del PIB mundial cada año», *Stern Review on Economics of Climate Change*.

Pero si habéis tenido el valor de leer este primer capítulo, sin duda habréis comprendido que la situación es grave, realmente más grave de lo que pensabais.

La siguiente pregunta que podríamos hacernos es: ¿aún estamos a tiempo de resolver todos estos problemas?

Si nos atenemos a las últimas contribuciones a esta cuestión, resulta razonable tener serias dudas al respecto.

Christiana Figueres, vicepresidenta del Consejo Mundial de Alcaldes por el Clima y la Energía, con el apoyo de numerosos científicos y responsables políticos, declaraba en junio de 2017 en la revista *Nature*²⁵ que sólo tenemos un margen de tres años para reducir drásticamente las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) si queremos mantener el planeta por debajo del fatídico tope de los 2 °C de calentamiento.

El 13 de noviembre de 2017, 15.364 científicos de 184 países firmaban conjuntamente un manifiesto en el que llamaban a los dirigentes y a los ciudadanos del mundo entero a despertarse de una vez: «Para evitar una miseria generalizada y una pérdida catastrófica de la biodiversidad, la humanidad debe adoptar prácticas alternativas más sostenibles ecológicamente que las que tenemos en la actualidad. [...] Pronto será demasiado

tarde para desviar nuestra trayectoria abocada al desastre». ²⁶

Yves Cochet, exministro francés de Medio Ambiente y presidente del Institut Momentum, que reúne a científicos y a investigadores multidisciplinarios, es incluso más pesimista. En una columna fechada el 23 de agosto de 2017, se atrevía a proponer una tentativa de programa: ²⁷ «Por mucho que la prudencia política invite a no mostrarse demasiado explícito, y que la moda intelectual sea la de la incertidumbre respecto al porvenir, yo considero por el contrario que los treinta y tres próximos años en la Tierra ya están escritos, *grosso modo*, y que lo más honesto es arriesgarse a ofrecer un calendario aproximativo. El periodo 2020-2050 será el más estremecedor que la humanidad haya vivido nunca en tan poco tiempo. Año arriba, año abajo, constará de tres etapas sucesivas: el fin del mundo tal y como lo conocemos (2020-2030), un intervalo de supervivencia (2030-2040) y el inicio de un renacimiento (2040-2050)».

Cada año se anuncia un sinfín de nuevos calendarios y podríamos objetar que la mayoría de las predicciones sobre el futuro han resultado ser falsas, que podrían intervenir nuevos cambios tecnológicos y darle la vuelta a la situación... Pero, en cualquier caso, la simple prudencia invitaría a considerar que, sea cual sea el calendario, ya hemos tardado demasiado.

Es hora de actuar.